

tismo, recorriendo los cafés, los teatros, las reuniones filarmónicas, las tertulias y cuanto de mas seductor ofrece el mundo en la primavera del existir, siempre halla en sus adentros un vacío insondable. Furioso y como fuera de sí increpa á la humanidad y la dice: ¿á dónde está la satisfacción? Ah miserables!!! La satisfacción no se busca con linterna, porque se guarece en el fondo de quietos y reposados corazones como perla entre el musgo de la mar, y en donde no penetra una luz agitada por huracanes terrestres.

Cuantas veces vemos, que un modesto artesano que pasa los días en el fondo de una oficina sudando continuamente gota á gota con trabajo ímprobo para ganar el sustento de una crecida prole que se alberga en oscura bohardilla, goza de mas paz y tranquilidad que el acaudalado propietario. Rodeado de una querida esposa é hijos cerca de la lumbre, ya entreteniéndolos con cuentecillos morales, ya recitando oraciones al Todopoderoso, nunca quejándose y siempre alegre, porque conoce que este es su destino en este suelo, sembrado de espinas y de abrojos para aquellos que hallan pesado el yugo de su Supremo legislador.

El mundo es un perfecto paraíso para aquel hombre que mira con santa indiferencia el frío y el calor, la lluvia y el viento; escucha silenciosa y pacíficamente la sátira mordaz del prójimo, arrostra con ánimo sereno las incomodidades que presenta la condición humana, espera con resolución y tranquilidad la enfermedad y la vejez. Se complace en la soledad, se muestra jovial en compañía, experimenta consuelos al través de la oscuridad de la noche, y henchido de satisfacción descubre la diurna aparición del rubicundo Apolo, que ilumina súbitamente todo el horizonte, manifestando las maravillas de que el Criador del universo adorna todo el globo. Firme en la idea de una eternidad imperecedera, marcha directamente hácia un término, despreciando las veleidosas bagatelas que pudieran retardar mas ó menos la posesión de unos magníficos palacios, que vislumbra allá muy léjos, y cuya distancia se acorta á cada paso que dá con

el pensamiento fijo á los vergeles del Empíreo.

Un inocente pastorcillo, armado de su zampoña y conduciendo una piara de cerdos al encuentro de bellotas, corre presuroso en busca de una eminencia donde plantar sus reales; y mientras los inmundos cuadrúpedos devoran el fruto de seculares encinas, él arregla su instrumento para empezar sus monótonas cantinelas. ¡Pobrecito! no cuenta con auditorio para premiar sus habilidades musicales, adquiridas á fuerza de continuadas repeticiones. No busca aplausos. Mas satisfecho con la vida pastoril y solitaria, que la mas bella cortesana con .. da al aire sus acordes melodiosos una y otra vez, recreándose en los intermedios en escuchar atento el gorgojo de las aves canoras, que revoloteando por las ramas inmediatas parece toman parte en la sencilla escena. Este humilde aldeano no ha visitado ciudades, é ignorando el deslumbrador aparato de grandiosos coliseos, no conoce otra ambición que saciar su apetito con retajos de queso y alguna fruta silvestre en cristalina fuente, al oír que la parroquia le avisa ser la hora de comer. Repite nuevamente sus tareas y al anochecer regresa contento y alegre á su choza, porque mira la manada saciada de pasto.

Nada mas encantador que ver las vírgenes del claustro ayunando continuamente, macerando su delicado cuerpo, pasar en vigilia gran parte de la noche, y sofocando el mas insignificante pensamiento del mundo; y como quien dice emparedadas, salmodiando sin cesar alabanzas á su celestial Esposo; pero estas cenobitas aun gozan de salud y para ellas la clausura es un recreo. Se ven por espacio de muchos años, criaturas oprimidas en el lecho del dolor por una terrible enfermedad que no las permite cambiar de posición. Son almas enamoradas y reciben las privaciones, las congojas, los dolores, los martirios y hasta la muerte misma gustosamente; y aun se lamentan de no padecer mas, porque piensan que muerte, martirios, dolores, congojas y privaciones, forman un insignificante ramillete de odoríferas flores, que tienen á bien aceptar de su divino